

Agradecimientos

He de agradecer de todo corazón a todos los que me apoyaron en el proceso de edición de este libro, a mis padres con su incansable esfuerzo, a mis abuelos que me han apoyado en todo momento y a mi hermano el cual se emocionó al saber de que estaba con este libro.

También he de agradecer a la maravillosa y talentosa artista: Yaiza Muñoz, la cual si no fuera por ella, yo nunca hubiera acabado de escribir este libro, aparte de ser la coautora, creadora de la portada y contraportada; pero sobre todo, mi primera lectora.

Capítulo 1: Los Hijos del Bosque

Los gritos desgarraban el aire y las ramas crujían bajo sus pies.

Ethan, joven arquero de dieciséis años con el pelo color canela y corto, se movía entre los escombros como un zorro en su guarida. Sumado a una sonrisa descarada que le hendía el rostro.

Ethan esquivaba raíces serpentinadas y columnas derrumbadas, mientras que con su arco traza arcos precisos en manos que nunca titubeaban.

Y a unos pasos detrás de él, Eylon, una chica de su misma edad, la cuál luchaba por cada paso, sus grandes y redondas gafas empañadas, la gran mochila de libros golpeándole la espalda, y sus cabellos de color azabache como ala de cuervo pegados a las sienes pálidas por el sudor frío.

El rugido gutural de la horda no estaba lejos.

—Y todo por un mapa polvoriento —maldijo Ethan.

Esta situación se había producido por una simple idea, bajar al Mundo Muerto en busca de una biblioteca antigua. Eylon, con su amor insaciable por el conocimiento, le había rogado durante semanas. Ethan, incapaz de decirle que no, había aceptado. Con una sonrisa ladeada y su arco al hombro, la había seguido al abismo.

Ahora, por culpa de un libro mal colocado, una estantería caída, y un clásico tropiezo de Eylon... estaban huyendo para salvar sus vidas.

—¡Por las raíces sagradas, Eylon, corre! —gritó Ethan, entre la risa nerviosa y la desesperación, esquivando una mano esquelética que surgía de la sombra.



Eylen jadeaba, sujetando su bolso lleno de libros con fuerza mientras trataba de no perder sus gafas. El miedo la tenía atenazada, sus piernas temblaban como ramas bajo una tormenta.

Ella sabía lo que pasaría si uno solo de esos cadáveres la alcanzaba. Una mordida, una simple herida abierta... y su alma se perdería en ese mar de muerte.

—¡Izquierda! —gritó Ethan, disparando una flecha que atravesó el cráneo de un zombi que se abalanzaba sobre Eylen.

Ella apenas logró cambiar de dirección, casi cayéndose en el proceso.

“Soy un lastre” pensó, ahogada en vergüenza. Pero al mirar a Ethan, solo vio su sonrisa desafiante en una situación tan peligrosa.

Pero Ethan no miraba con reproche. Nunca lo hacía.

Su rostro sudado, sonreía como si todo fuera sólo otro de sus juegos absurdos.

—¡Vamos, ratoncita! —gritó—. ¡Muéstrales esos pies rápidos que te dio el bosque!

Eylen, con lágrimas amenazando en sus ojos, apretó los dientes y siguió corriendo.

Pero para la buena suerte de ambos, un callejón angosto apareció a su izquierda.

—¡Por aquí! —gritó Ethan, tirando de la muñeca de Eylen.

Se adentraron en el pasaje, donde los muros derruidos y las enredaderas apretadas los obligaban a moverse en fila.

Durante un segundo, Eylen pensó que habían encontrado un escape. Pero entonces lo vieron.



Una pared derrumbada al final del callejón bloqueaba la salida.

Y tras ellos, los gruñidos crecían.

Quedaron atrapados.

Ethan se giró rápidamente, ya encordando otra flecha.

Mientras tanto, Eylon, con el corazón desbocado, escaneó el lugar con mirada frenética.

"Piensa, Eylon, piensa" se dijo a sí misma, mientras el miedo amenazaba con paralizarla.

Y entonces lo vio, una escalera de incendios oxidada, colgando como un esqueleto metálico justo sobre sus cabezas. Inestable, cubierta de musgo... pero intacta.

—¡La escalera! —chilló, señalando con una mano temblorosa.

Ethan siguió su dedo sin dudar. Y en su rostro apareció una sonrisa como un fogonazo en la oscuridad.

—¡Eso es, ratoncita lista!

Sin perder el tiempo, Ethan se agachó y entrelazaron las manos.

—¡Sube!

—¿Q-qué? ¡Yo no puedo! —balbuceó Eylon, retrocediendo instintivamente.

—¡Claro que puedes! ¡No pienses, solo hazlo!

El primer zombi ya había entrado al callejón.



Eylen apretó los labios, tragó su miedo y con un gritito, corrió hacia Ethan. Puso un pie en sus manos, y él la impulsó hacia arriba con toda su fuerza.

La escalera crujió ominosamente cuando Eylen la alcanzó, sus dedos resbalando antes de aferrarse con uñas y dientes. Sus piernas patalearon, luchando por trepar mientras los gruñidos se acercaban.

—¡Vamos, vamos! —murmuraba Ethan, disparando otra flecha que derribó a un muerto que casi le tocaba el hombro.

Finalmente, Eylen logró terminar de subir.

Desde arriba, con el terror aún brillando en sus ojos, extendió la mano hacia Ethan.

—¡T-tú turno!

Él soltó una carcajada salvaje. Y saltó con la gracia de quien nació entre árboles, sumado a un último tirón de Eylen, subió a la plataforma tambaleante. Mientras que abajo, los muertos se amontonaban como perros hambrientos, extendiendo manos marchitas hacia ellos.

Eylen temblaba como una hoja. Ethan respiraba agitado, pero sus ojos brillaban de emoción.

—¡Casi somos parte de su banquete, ratoncita! —dijo, limpiándose el sudor con el dorso de la mano y revolviéndole el pelo a su amiga con un cariño brusco.

Eylen apenas pudo esbozar una sonrisa tímida, sus mejillas encendidas entre vergüenza y alivio.

—Yo... yo solo... vi la escalera... —murmuró, escondiendo su rostro enrojecido tras sus gafas.



—Y eso nos salvó. Eres increíble —dijo Ethan, sincero, mientras se ponía en pie sobre el metal tembloroso.

Ethan se irguió sobre el metal oxidado, ofreciéndole la mano con una sonrisa desafiante.

—¿Algún hueso roto, ratoncita?

Eylen se ajustó las gafas con dedos aún temblorosos.

—C-casi entera.

—¡Bien! —su sonrisa se amplió —Ahora, arriba. ¡Me debes un baño caliente y comida que no sea preparada por tu madre!

—¡Oye, mi madre no cocina “taaan” mal! —Eylen lo miró con falsa indignación, aunque una sonrisa asomaba en sus labios.

Ethan alzó una ceja, el recuerdo de comidas pasadas nublándole momentáneamente el humor.

—¿En serio? ¿Ya olvidaste las "galletas de carbón" del invierno pasado? —Hizo una mueca teatral —Por el amor del árbol sagrado, Eylen, sabes que hasta los cuervos las rechazaron.

Ella bajó la mirada, incapaz de contener una risita.

—Bueno... quizás tienes razón con su forma de cocinar tan... peculiar.

Él le dio un golpecito en el hombro, la complicidad de años brillando en sus ojos.

—Lo del amor con que lo hace, lo respeto. Pero, “ni con todo el cariño del mundo se salva ese guiso de raíces radiactivas.”

Eylen rió entonces, un pequeño sonido nervioso que se perdió entre los gruñidos de abajo, como un suspiro de alivio en medio de la pesadilla



Desde ahí, el camino no era sencillo, pero al menos estaban lejos de la marea de cadáveres.

Saltaron de tejado en tejado, cruzando grietas abiertas y vigas oxidadas, hasta que, finalmente, divisaron la salvación: una cuerda trenzada descendía desde las copas invisibles de los árboles, ondeando suavemente con la brisa.

Al pie de la cuerda, un pequeño círculo de runas marcadas en el suelo indicaba el lugar seguro donde los vigías de Arkwyn solían dejar las líneas de rescate.

Ethan soltó un largo silbido de alivio.

—¡Allí está, ratoncita! ¡Nuestra ruta al cielo!

Pero el peligro no había terminado.

Desde las ruinas, un puñado de zombis rezagados aún los perseguía, lentos pero determinados. No podían permitirse errores.

Ethan llegó primero a la cuerda. Sin pensarlo dos veces, empezó a trepar con movimientos rápidos y ágiles.

Eylen lo miró con admiración... y terror.

La cuerda se balanceaba, alta, inestable, muy por encima del suelo.

Sus piernas, aún temblando como juncos.

—¡Vamos, Eylen! —la animó Ethan desde arriba—. ¡No es más difícil que subir a la biblioteca del abuelo Bors!

Eylen tragó saliva.



Ella recordaba perfectamente que la última vez que había intentado trepar en la biblioteca de Bors... terminó colgando cabeza abajo, atrapada en una cortina.

Inspiró hondo, cerró los ojos y agarró la cuerda con ambas manos.

El primer tirón la levantó apenas un palmo del suelo antes de que la cuerda se sacudiera violentamente.

Eylen chilló, un sonido agudo como un ratoncito, provocando que casi suelte la cuerda en el acto.

—¡Eylen, aprieta las piernas! ¡Abraza la cuerda como si fuera tu último libro de historia! —gritó Ethan, con una risa que apenas disfraczaba su preocupación.

La chica, temblando de pies a cabeza, intentó seguir la instrucción. Pero sus gafas, resbaladizas por el sudor, se deslizaron peligrosamente por su nariz.

En un movimiento torpe, soltó una mano para ajustarlas... y perdió el equilibrio.

—¡AAAAH!

Por un segundo eterno, Eylen pendió de la cuerda con una sola mano, bamboleándose sobre el vacío mientras los zombis gruñían debajo, alzando sus brazos podridos. “Este es mi fin” pensó Eylen.

—¡No mires abajo! —gritó Ethan.

Pero claro, Eylen miró.

—¡AAAAH! —chilló aún más fuerte, abrazando la cuerda asustada, con tal devoción como si se tratara de un libro intacto por el tiempo.



Con un esfuerzo monumental, y el corazón martilleándole en las orejas, empezó a trepar poco a poco.

Un metro. Dos. Tres. Cada ascenso era un pequeño milagro.

Finalmente, cuando ya estaba casi arriba del todo, Ethan se inclinó peligrosamente para agarrarla.

—¡Casi lo logras! ¡Dame la mano! —Sus dedos se cerraron como tenazas en la muñeca de Eylon. Un tirón, un giro... y rodaron juntos sobre la madera firme del puente de rescate.

El tirón de Ethan fue tan brusco que ambos cayeron de lado sobre la plataforma de madera, rodando medio metro antes de detenerse.

Por inercia, Eylon quedó tumbada completamente sobre Ethan, su mejilla aplastada contra su pecho, las gafas dobladas en la punta de la nariz. El impacto le arrancó un gruñido a él.

Ethan no la apartó. Solo resopló.

—¡Uf! Ratoncita... ¿llevas rocas en esa mochila? —Su mano dio dos palmadas rápidas en la espalda de su amiga, el mismo gesto que usaba cuando caían de niños del Árbol Hueco.

Eylon permaneció inmóvil cinco segundos, sintiendo el calor de Ethan. Era como estar en casa. Abajo, los gruñidos zombis sonaban lejanos ahora.

Luego, con un suspiro tembloroso, se deslizó hacia la derecha hasta quedar tendida boca arriba junto a él, hombro con hombro. Enderezó sus gafas con los dedos aún trémulos.

—P-perdón... por tu costilla —murmuró, mirando el dosel dorado sobre ellos.

Ethan se frotó el esternón con exageración, pero su voz fue suave.



—Sobrevivimos. Eso es lo único que importa. —Se incorporó de golpe, extendiendo una mano —¿Todo en orden?

Ella asintió, dejándose ayudar a sentarse.

Mientras abajo, los muertos se amontonaban como marea negra. Arriba, la luz del atardecer filtraba paz a través de las hojas.

Tendido de nuevo, Ethan soltó una carcajada que hizo vibrar la madera.

—¡Eres la heroína más gloriosamente torpe de Arkwyn, ratoncita!

Eylen se cubrió el rostro con ambas manos, pero sus orejas enrojecieron delatándola.

—Lo arruiné todo... ¡otra vez!

Él se giró de inmediato sobre un codo, acercando su rostro al de ella.

—¿Arruinar? —Su sonrisa iluminó la penumbra —Salvaste a este tonto con esa escalera. ¿Y cómo abrazaste la cuerda? —silbó admirativo —. Creo que le prometiste amor eterno. La pobre cuerda jamás te olvidará.

Una risa entrecortada escapó de Eylen, mezcla de sollozo y alivio.

Ethan le dio un codazo juguetón.

—Tu torpeza, nos mantiene vivos. Es nuestro superpoder.

El viento acarició las ramas altas cuando él se puso de pie, tendiéndole la mano para levantarla. Sus palmas envolvieron los dedos finos y delicados de Eylen sin prisa, como en mil veces antes. Habían sobrevivido. Otra vez.



Capítulo 2: El sello del ojo espinoso

El camino fue lento pero seguro.

Las plataformas se alzaban como anillos de madera entrelazada, suspendidas entre las ramas enormes de los Ancianos, los árboles gigantes que daban vida a Arkwyn.

Arkwyn es un pueblo suspendido en los cielos, oculto del Mundo Muerto bajo un mar de hojas.

Cabañas construidas con maderas vivas, puentes colgantes de lianas trenzadas, antorchas que flotaban en cestas de luz... todo parecía sacado de un sueño olvidado.

Aquí, el peligro de los muertos no alcanzaba.

Aquí, los vivos aún reinaban.

Mientras trepaban por la última cuerda hacia la plataforma principal, el sonido de campanas huecas resonó en el aire, es la señal de alarma menor.

No tardaron en ser recibidos por los Vigías, hombres y mujeres de piel curtida, armados con lanzas, ballestas y miradas de acero.

Y al frente de ellos, como un muro imposible de derribar, estaba el Capitán Kaelen Duskborn.

Duskborn era una montaña de músculo y cicatrices, vestido con una armadura ligera de cuero de caparazón. Su expresión, siempre sombría, parecía tallada en piedra. Un ojo de águila y una voz que podía derribar un árbol a gritos.

Apenas pusieron pie en la plataforma, Duskborn avanzó hacia ellos.

—Ethan. Eylon. —su voz era como el retumbar lejano de una tormenta—. ¿Me pueden explicar qué maldita estupidez estaban haciendo fuera del perímetro sin permiso?



Eylen, empapada en sudor, la ropa rasgada, las gafas chuecas y la cara roja como una manzana, tartamudeó:

—Y-yo... nosotros... era por... yo...

Duskborn cruzó los brazos, una ceja arqueada.

Ethan, con esa sonrisa despreocupada que usaba como escudo, se adelantó un paso.

—¡Mi capitán! —saludó, haciendo un saludo militar de forma exagerada—. Todo fue un acto heroico de sacrificio para... eh... expandir nuestros horizontes de conocimiento.

Duskborn no parpadeó.

Ethan soltó una risita nerviosa, encogiéndose de hombros.

—La verdad es que... fue idea de Eylen —señaló a la chica de inmediato, sin piedad—. ¡Yo solo era el guardaespaldas en esta excursión al desastre!

Eylen abrió los ojos como platos, mirándolo horrorizada.

—¡E-ETHAN! —exclamó, con un chillido de ultratumba.

Ethan levantó las manos en gesto de inocencia.

—¡Eh! ¡No estoy diciendo nada que no sea verdad! —dijo, guiñándole un ojo—. ¡Además, mírela, Capitán! ¿Quién podría decirle que no cuando te mira como un cachorrito suplicando un paseo?

Un par de vigías, detrás de Kaelen, soltaron risitas mal contenidas.

Duskborn cerró los ojos un segundo, respirando como si contara mentalmente hasta diez.



—¿Saben que pudieron haber traído una horda de muertos hasta nuestras puertas? —rugió, su voz haciendo temblar las tablas bajo sus pies—. ¡¿Y todo por unos libros podridos?!

Eylen encogió los hombros, escondiéndose tras su mochila, mientras Ethan se rascaba la nuca, sonriendo como si fuera el niño travieso que acababa de romper una ventana.

—Encontramos algunos libros viejos —dijo Eylen con voz apenas audible—. De... de historia... y de medicina.

Eso hizo que Duskborn se detuviera.

Su mirada dura se posó sobre ella, evaluándola.
Después de un momento largo, gruñó como un oso molesto.

—El Consejo decidirá qué hacer con ustedes. Mientras tanto, —se giró hacia los vigías—, ¡llévenlos a la plaza alta! ¡Y quiten esa maldita cuerda de inmediato!

Los vigías asintieron y comenzaron a recoger la cuerda de rescate.

Ethan lanzó una mirada cómplice a Eylen mientras eran escoltados.

—Tranquila, ratoncita —susurró, dándole un leve codazo amistoso—. ¡Sobrevivimos a los muertos! ¿Qué tan malo puede ser sobrevivir a un regaño?

Eylen suspiró, sabiendo perfectamente que en Arkwyn, las palabras del Consejo podían pesar tanto como una sentencia, en especial las palabras de una persona en particular.

Las de su sobreprotectora madre.

Aunque, con Ethan a su lado, incluso el abismo parecía tener un fondo menos oscuro.



Esa frágil esperanza se hizo añicos al entrar en la Plaza Alta. Un vasto anfiteatro de madera viva, suspendido en el corazón de los Ancianos más venerables. Desde balcones naturales formados por ramas entrelazadas, cientos de ojos los observaban. Murmullos, como hojas secas arrastradas por el viento, seguían sus pasos mientras los escoltaban hacia el centro.

En el centro, como un faro de autoridad, se alzaba el Consejo de Arkwyn: cinco figuras sentadas en troncos tallados directamente del tronco de los Ancianos.

Cada consejero representaba uno de los pilares de su sociedad: Sabiduría, Agricultura, Comercio, Defensa y Fe.

Ethan avanzó con paso relajado, como quien va a recibir una medalla. Eylen, en cambio, parecía una ovejita en medio de una manada de lobos, encogida tras su mochila como si pudiera desaparecer.

Un murmullo de expectativa recorrió la plaza cuando la Consejera de Defensa se levantó de su asiento.

Era ella.

La madre de Eylen.

Alta, de complexión fuerte, el cabello recogido en una trenza apretada, vestía una armadura liviana bordada con el escudo de Arkwyn: un árbol atravesado por una flecha.

Su rostro era severo, de rasgos afilados... tan parecido al de Eylen que no había lugar a dudas.

Incluso las gafas, más sobrias y cuadradas, eran un eco endurecido de las que usaba su hija.

La General Elara.

La mujer cruzó los brazos, mirándolos desde arriba, su expresión de acero.



Eylen, al verla, palideció de tal manera que casi cayó de espaldas.

Ethan, como no podía ser de otro modo, rompió el silencio con un susurro:

—Ups... ratoncita, estamos doblemente muertos.

—C-cállate... —murmuró Eylen, temblando.

La Consejera Elara habló, su voz proyectándose con la fuerza de alguien acostumbrado a mandar ejércitos:

—Eylen. Ethan. Ustedes dos rompieron la cuarentena del perímetro, desobedecieron las órdenes de reclusión y pusieron en riesgo la seguridad de toda la comunidad.

Cada palabra era una flecha directa al corazón de Eylen. Ella bajó más la cabeza, deseando que el suelo la tragara.

Ethan se limitó a saludar con dos dedos, como si se presentara en una taberna.

Elara continuó:

—¿Tienen algo que decir en su defensa?

Eylen balbuceó algo ininteligible.

Ethan dio un paso al frente, sonriendo con desparpajo.

—¡Consejera Elara! ¡Temida, venerada, columna inquebrantable de Arkwyn! —Su reverencia fue casi una caída—. ¡Solo buscábamos conocimiento olvidado! ¡Armas para nuestra supervivencia! ¡Todo por el bien de nuestro hogar suspendido!

Elara no parpadeó.



—¿Y la muerte era un requisito indispensable para esta... recolección?

Ethan se encogió de hombros.

—¿Qué sería de un día sin un poco de... emoción existencial?

Una risa sofocada escapó de algún lado entre el público.
La Consejera arqueó una ceja, pero se giró hacia Eylon.

—¿Es esto cierto? —preguntó, su voz más baja, más peligrosa—.
¿Fuiste tú quien propuso esta locura?

Eylon tragó saliva. Se sintió de nuevo como una niña pequeña atrapada robando dulces.

—S-sí... —confesó, en un hilo de voz apenas audible—. Yo... yo encontré los mapas... pensé que podríamos recuperar libros antiguos... para ayudar a... a mejorar la medicina, y... y las defensas...

Sus palabras se arrastraban como caracoles asustados.

Por un instante, algo brilló en los ojos de Elara. ¿Orgullo? ¿Tristeza?
¿Miedo?

Pero fue fugaz. Enseguida endureció su expresión de nuevo.

—Tu inteligencia es tu don, Eylon. Pero si no aprendes a pensar antes de actuar, será también tu condena. Y arrastrarás a otros contigo.

Eylon asintió frenéticamente, mordiéndose el labio.

El Consejo murmuró entre sí. Finalmente, la Consejera de Sabiduría, una anciana de cabellos plateados, intervino:

—Los libros que recuperaron... ¿qué contienen exactamente?



Eylen, tímida pero honesta, abrió su mochila y mostró algunos volúmenes cubiertos de polvo: tratados médicos, atlas de botánica, manuales de supervivencia.

El murmullo cambió de tono: de reproche a interés.

Ethan, viendo una oportunidad, levantó la mano como un estudiante travieso.

—¡Y además! ¡Eylen también salvó nuestras vidas allá abajo! —dijo, señalándola con entusiasmo. Encontró una ruta de escape cuando ya nos veíamos como cena de zombis.

Eylen se sonrojó violentamente, deseando ser invisible.

Elara miró a su hija largo rato. Luego, en un gesto inusual, asintió.

—Propondré al Consejo que no haya castigo... esta vez.

Eylen casi se desmayó de alivio. Ethan soltó un suspiro dramático y se dejó caer de rodillas como si hubiera sido perdonado por los dioses mismos.

—¡Viva la sabiduría materna! ¡Larga vida a las madres implacables!
—bromeó, ganándose algunas risas en la plaza.

Elara no sonrió, pero sus labios temblaron apenas, como si contuviera una muy pequeña sonrisa.

—Pero no habrá otra oportunidad —advirtió, su mirada perforándolos—. La próxima vez, si actúan sin permiso... no los salvará ni el cielo.

Ethan se inclinó solemnemente.

—Anotado en sangre, Consejera.

Eylen simplemente asintió, muda.



El Consejo dio por terminada la audiencia. Liberados, pero marcados, Ethan y Eylon se alejaron entre miradas que ya no eran solo de reproche, sino también de curiosidad y un respeto incipiente.

Mientras serpenteaban por los puentes hacia sus refugios, Ethan se volvió hacia Eylon, su sonrisa ancha y genuina como el primer rayo de sol tras la tormenta.

—¿Ves, ratoncita? No estuvo tan mal. ¡Sobrevivimos a tu mamá! Eso es más difícil que cualquier horda de zombis.

Eylon soltó una risa nerviosa, entre lágrimas y carcajadas.

La frágil tregua se materializó en el regreso. Mientras avanzaban por pasarelas suspendidas a cien metros del suelo, saludaron distraídamente a comerciantes de frutas brillantes. El aire olía a resina dulce y humo de leña. Ningún gemido subía desde las profundidades donde los no-muertos merodeaban, incapaces de escalar los troncos sagrados de los Ancianos. La paz era casi engañosa.

Fue entonces cuando Ethan, impulsado por la euforia del perdón, saltó a la baranda del puente. Se balanceó sobre el vacío con los brazos abiertos, el abismo directo al infierno terrenal bajo sus pies.

—¡Mira, ratoncita! —gritó, desafiante—. ¡Un paso en falso y serviremos de banquete a los que esperan abajo!

Eylon se aferró a las lianas como un náufrago, el rostro pálido.

—¡Baja de ahí, idiota! —su voz tembló no solo por él, sino por lo que yacía bajo ellos— ¡Si resbalas, caerás directo a las fauces de los mordedores!

—¡Relájate! —Ethan dio una pirueta temeraria que lo hizo tambalear—. ¡Tengo el equilibrio de una araña del dosel!



El chillido de Eylon se ahogó en la garganta cuando Ethan, por milagro, recuperó el equilibrio y saltó de vuelta al puente. Hizo una reverencia burlona.

—¿Ves? Nunca subestimes a un gato que ya escapó del suelo una vez.

Ella solo pudo sacudir la cabeza, una risita nerviosa escapando de sus labios.

Tras un rato de caminata, alcanzaron por fin su santuario, un claro entre ramas gruesas tapizado con telas gastadas. Allí, entre bufidos por el polvo milenario, desempacaron el botín. Eylon sacó el volumen más pesado, su cubierta de cuero agrietada como tierra reseca.

—Tratados de Botánica y Medicina Pre-Caída... —murmuró limpiando el lomo con reverencia, sus dedos trazando las letras desgastadas. Pasaba las páginas con extrema cautela, absorbiendo cada ilustración de raíces y diagramas anatómicos.

Ethan, sentado con las piernas cruzadas, jugaba a lanzar una manzana al aire y atraparla con la boca, distraído.

De repente, Eylon se detuvo.

—Espera... —susurró, sus ojos agrandándose tras los cristales empañados—. Esto no pertenece al libro.

Entre las páginas de un herbario ilustrado, había un pliego de papel mucho más nuevo, doblado en capas compactas. Sellado con cera roja marcada por un ojo rodeado de espinas.

Ethan se inclinó hacia ella, la manzana olvidada en su mano.

—¿Otro "regalo" de tus amigos coleccionistas de dientes, ratoncita?

Con dedos temblorosos, Eylon rompió el sello y desdobló el papel. Reveló un mapa de líneas temblorosas, en su centro, un cáliz dorado



tachado por una cruz de sangre seca, y sobre él, una frase escrita con letra angulosa.

"Donde duerme el conocimiento perdido."

Eylen contuvo el aliento.

—N-nunca lo vieron —murmuró, acariciando el papel como si fuera piel de mariposa— Estaba oculto entre tratados médicos...

—Claro que no —Ethan soltó una risa baja—. Esos brutos solo ven el brillo del metal. ¿Creen que las letras son migajas de pan?

Eylen ajustó sus gafas, concentrada en las líneas del mapa.

—Para ellos... esto sería solo ruido en el papel. Incomprensible. —Su voz era queda, casi de asombro—. Pero mira... pone "conocimiento perdido", Ethan... podría ser todo, desde archivos intactos, hasta sabiduría antigua... —Un temblor de pura avidez recorrió sus hombros—. ¡T-tenemos que ir!

Él atrapó su muñeca suavemente, su sonrisa era un puente entre la aventura y la cautela.

—Entonces planifiquemos. Sin hordas... y sin que los amantes de los dientes sepan de nosotros.

Eylen asintió con vehemencia, guardando el mapa contra su pecho como un juramento. Bajo las hojas doradas que filtraban la luz del atardecer, sellaron en silencio su próximo viaje, hacia donde dormía lo que más anhelaba su corazón de estudiosa. El conocimiento que el mundo olvidó. Pero, ni siquiera saben, que terminarán en una aventura totalmente distinta a la que creen que harán.



Capítulo 3: El inicio de una aventura

La preparación había sido casi perfecta.

Suministros escondidos, cuerdas enrolladas, antorchas listas... Solo faltaba un pequeño detalle: que no los atraparan.

Y, por supuesto, ese pequeño detalle fue donde fallaron.

—¿Qué están tramando ahora?

Elara.

De pie frente a ellos como una sombra gigantesca, los brazos cruzados, la mirada como un cuchillo.

Eylen chilló bajito, llevándose las manos a la espalda para ocultar el mapa.

Ethan intentó su táctica habitual, la sonrisa desarmante.

—¡Buenas tardes, señora General! Solo estábamos, ya sabes... planeando una excursión educativa.

Elara extendió una mano, implacable.

—El mapa.

Sin alternativas, Eylen, temblando, lo entregó.

Elara lo desplegó con un solo gesto firme.

Sus ojos, endurecidos por años de liderazgo, se fijaron en el símbolo del sello rojo.

La expresión en su rostro cambió.

No de enfado.



De alarma.

—Nozmere... —murmuró como si nombrara un fantasma.

Ethan parpadeó.

—¿Eso es un lugar? ¿O una enfermedad?

Elara alzó la vista, sus gafas brillando a la luz del atardecer.

—Un lugar. Uno que hace siglos fue aliado nuestro.

Se acercó, como si temiera que alguien más pudiera escuchar.

—Nozmere era un asentamiento extraño. Sus habitantes adoraban la muerte, no como un fin, sino como un arte.

Buscaban vivir entre los muertos... y trascender la corrupción.

Eylen tragó saliva.

—¿Ellos... ellos creían poder detener la plaga?

Elara asintió lentamente.

—Hace siglos, Nozmere y sus aliados de entonces, los marineros de Vandaross, afirmaron haber encontrado algo.

Una cura. Una solución contra la plaga.

Ethan arqueó las cejas, interesado.

—¿Los de Vandaross? ¿Quiénes son?

—Un pueblo pirata —dijo Elara—. Indomables, fieles, libres, son quienes navegaban entre ciudades caídas y aguas infestadas. Conocen el mar de nacimiento y fueron nuestros aliados... hasta que...

Su voz se volvió amarga.



—El día que Nozmere desapareció sin dejar rastro, los de Vandaross se replegaron a los mares abiertos. Cortaron toda conexión. Incluso con nosotros. Se volvieron un mito, igual que Nozmere. Pero una cosa es clara, que esos lobos marinos no están extintos, estarán por ahí surcando los mares.

Eylen se inclinó hacia adelante, su corazón golpeando su pecho como un tambor.

—¿Y si... si la cura aún existe?

—¿Y si está ahí? —añadió Ethan, casi en un susurro.

Elara cerró los ojos un momento.

—No hay certezas en un mundo roto. Solo peligros.

Luego dobló el mapa lentamente.

—Déjenme el mapa esta noche. Mañana... tomaré una decisión.

Se dio media vuelta, su capa ondeando, dejándolos a solas con un millón de preguntas retumbando en sus cabezas.

Ethan rompió el silencio.

—¿Entonces si encontramos Nozmere... podemos encontrar la cura?
¿Salvar a todos?

Eylen miró la oscuridad entre los árboles.

—O morir en el intento...

Ambos sabían una cosa: ya no había marcha atrás.



El amanecer se filtraba a través de las copas de los Ancianos cuando Ethan y Eylen fueron llamados de urgencia al Gran Salón de Arkwyn.

El viento agitaba las largas banderas verdes con el símbolo del árbol atravesado por una flecha, y la niebla danzaba entre los tablones de madera vieja.

Ethan llegó despreocupado, saltando entre las pasarelas como si jugara.

Eylen, torpe como siempre, tropezaba con cada cuerda, murmurando disculpas al viento.

En el centro del Salón, los cinco miembros del Consejo ya los esperaban, sentados en sus troncos tallados en la madera viva.

La Consejera de Defensa, Elara, se mantenía de pie, su postura recta como una lanza.

Sobre una mesa de roble, el mapa antiguo estaba desplegado, pero ahora... mostraba algo más.

Con un brillo extraño, revelado por un tratamiento de esporas y resinas, habían surgido inscripciones ocultas.

—Durante la noche —dijo Maeron, consejero de la Fe —, nuestros escribas descubrieron este código.

Una lengua perdida.

Una de las más antiguas.

Elara cruzó los brazos, sus gafas captando un destello de la luz mañanera.

—Latín. La lengua muerta que Vandaross usa para transmitir mensajes encriptados.

Ethan soltó un silbido.



—¿Y alguien aquí sabe leer... "latíntico"?

Silencio incómodo.

Hasta que Eylen, roja como un tomate, alzó tímidamente la mano.

—Y-yo... puede que pueda...

Se agachó sobre su mochila y empezó a rebuscar.

Sacando un voluminoso libro de tapas raídas.

—Siempre llevo mis diccionarios de lenguas antiguas... por si acaso...

Ethan se inclinó a su oído y susurró:

—Un zombi políglota te lo agradecería.

Eylen carraspeó, ignorándolo, y comenzó a comparar cuidadosamente los símbolos revelados con su libro.

Los segundos parecían eternos.

Finalmente, levantó la vista, con la voz temblando de emoción.

—Dice.

"Aqua feret remedium ubi mare dormit."

Un murmullo cruzó la sala.

—¿Traducción? —demandó Elara.

Eylen, con las manos temblorosas, respondió:

—"El agua llevará la cura donde el mar duerme."



Los miembros del Consejo intercambiaron miradas cargadas de significado.

Ethan rompió el silencio con una sonrisa ladeada.

—¿Qué? ¿Vamos a buscar una cura en medio de un charco?

Elara no sonrió.

—Esto confirma algo que temíamos. Nozmere... y su viejo aliado Vandaross... Puede que hayan dejado pistas. Y esas pistas las tiene Vandaross.

Maeron se acarició la barba canosa.

—Las costas... las islas... Lugares olvidados donde el mar oculta sus secretos.

Eylen apretó su mochila contra el pecho, una mezcla de terror y esperanza en sus ojos.

—¿Vamos... vamos a buscarlos?

Elara miró a ambos jóvenes.

—Con la bendición de Arkwyn... y todo el peso de nuestras esperanzas sobre sus hombros.

La gran campana del Salón repicó tres veces, solemne.

Era oficial.

La aventura no era solo suya.

Era de todos.



Mientras los planes para el viaje tomaban forma en el Gran Salón, Eylen estaba sentada en un rincón apartado, completamente absorta en uno de los libros polvorientos que habían recuperado el día anterior de la biblioteca en ruinas.

El libro, encuadernado en cuero agrietado, crujía con cada página que pasaba, y entre dos hojas frágiles, algo cayó suavemente al suelo.

Eylen se agachó, recogiendo un trozo de pergamino arrugado.

El corazón le dio un vuelco.

En la esquina superior del pergamino, medio borrado por el tiempo, se encontraba grabado un símbolo, una calavera estilizada cruzada por dos anclas curvas como espadas marinas.

El emblema de Vandaross.

Conteniendo la respiración, desarrolló la carta.

La tinta, aunque desvaída, aún era legible.

"A mi amada Lyara, en Crestavand,"

"Si estás leyendo estas palabras, es porque el viento me ha fallado y el mar reclama mi espíritu. Encontramos lo que otros solo soñaron: el Cáliz dorado, aquel que puede curar la corrupción de la carne y devolver a los muertos su descanso."

"Pero los de Nozmere, nuestros antiguos aliados, no lo vieron como nosotros. Creen que la muerte es la única redención, tanto para los vivos como para los condenados. Nos emboscaron mientras celebrábamos, nos masacraron en nombre de su fe de muerte."

"Estoy herido, mi sangre mancha esta carta como manchará el océano. No volveré a verte, mi amor. Mi alma se unirá a la marea antes de que pueda abrazarte de nuevo en Crestavand, nuestra isla madre de Vandaross Conexus."

